

Transgredir para leer

Blanca Calvo

Directora de la Biblioteca Pública de Guadalajara

Hay tres pilares básicos sobre los que se asienta la afición a la lectura: la familia, la escuela y la biblioteca pública. La familia es, creo yo, el más determinante de los tres, por ser la primera organización social en la que transcurre la vida del niño.

No conozco encuestas al respecto, pero estoy casi segura de que más de la mitad de las personas a las que les gusta leer adquirieron esa costumbre en los primeros años de su vida, bien porque les contaron cuentos de niños, bien porque vieron a sus padres disfrutar con los libros o quizás porque envidiaron a un hermano mayor que lo pasaba bomba leyendo. Por otra parte, todos recordamos entrevistas con autores de prestigio, grandes lectores a su vez, que confiesan haber dado los primeros pasos hacia la literatura "devorando" la biblioteca paterna. Es posible que algunos lo digan para quedar bien, pero muchos casos seguro que es cierto.

LA ESCUELA

Por desgracia, no todo el mundo tiene la suerte de nacer en una familia narradora de cuentos, lectora de libros y poseedor de una gran biblioteca, y es en estos casos cuando la biblioteca y la escuela toman una importancia fundamental. En este artículo no quiero hablar sobre la misión de las bibliotecas públicas, aunque es un tema que me apasiona porque trabajo en una de ellas. Prefiero hacer varias reflexiones sobre el papel de la escuela -y por extensión, de la biblioteca escolar- en la formación de los hábitos lectores.

Los niños ingresan muy temprano en los colegios. Algunos lo hacen a los tres años, y todos, como muy tarde, a los cinco o a los seis. Llegan sin saber leer, aunque los más afortunados hayan podido manejar libros ilustrados de cartulina, plástico, tela o papel (cada vez hay más materiales disponibles para niños mayores de seis meses).

Por ello la misión del colegio -en definitiva, del profesor- es fundamental. Si el primer encuentro con las letras es placentero, se deseará seguir avanzando por ese camino. Si, por el contrario, se produce un choque desagradable y frustrante, esa primera sensación permanecerá toda la vida.

Creo que hay pocas profesiones tan difíciles como la de maestro, y quizás los parvulistas se llevan la palma de la dificultad, por la blandura de la arcilla que manejan. Sin embargo no sé si será porque, en general, los parvulistas son buenos, o porque el primer aprendizaje de las letras es satisfactorio de por sí (¿quién no recuerda a sus hijos, sobrinos o hermanos -o a sí mismo- reconociendo, encantados, a "la del puntito" como la "i"?), lo cierto es que al principio son muy pocos los niños que rechazan la lectura como algo aburrido e incómodo. Sin embargo esa postura -como la facilidad para hacer dibujos alegres e imaginativos- cambia al avanzar la enseñanza básica. ¿Qué es lo que pasa en esos años para que muchos de los niños que aprenden gozosamente las letras salgan de

la escuela convertidos en analfabetos que quizás sepan manejar máquinas electrónicas complicadísimas, pero que no leen ni siquiera un libro al año?

ABURRIMIENTO

Creo que la causa de ese fracaso se puede explicar con una palabra: "obligatoriedad". O mejor con dos, añadiendo "aburrimiento" a la ya dicha. Y es que, a lo largo de la enseñanza básica, se les encarga a los chicos -siguiendo los poco realistas planes de estudio- la lectura de una serie de textos que les forman la idea de que la literatura es un rollazo. Para combatir esto hay que contar con la creatividad del profesor, que debe hacer todo lo posible por evitar esa identificación. No sé si voy a hacer una llamada a la insurrección, pero considero lícito sugerir a los profesores que no obliguen a los alumnos a leer esos textos soporíferos a su edad; que, en todo caso, les cuenten detalladamente -y de la forma más divertida posible- los argumentos, para que puedan "pasar el examen" y que, a cambio, les exijan la lectura de obras que seguro les van a gustar. Por ejemplo "El pequeño Nicolás", de Goscinny, cualquier obra de Rodari o Roald Dahl, las más infantiles de Gerald Durrell, las de Christine Nöstlinger o, a los 13 ó 14 años, las novelas de ciencia ficción de John Christopher y las "negras" de Andreu Martín y Jaime Ribera. Son unas pocas de las muchas propuestas enganchadoras que se pueden hacer. Con ellas se empareja "obligatoriedad" con "entretenimiento", binomio que puede producir unos frutos extraordinarios en toda clase de niños. Estoy convencida de que la obligatoriedad es necesaria -si no, muchos chicos no terminarían nunca su primer libro, por pereza-, pero hay que conseguir que la experiencia obligatoria se convierta en placentera; es la única forma de abonar el terreno para muchas futuras lecturas.

Me ha quedado en el tintero algo previo, y es que, para que los profesores puedan proponer lecturas con gancho, es necesario que dispongan de libros atractivos y en cantidad suficiente. Eso implica la existencia de buenas bibliotecas escolares. Desgraciadamente, la nueva Ley de Educación se ha olvidado de ellas, a pesar de que son un mecanismo imprescindible para la educación (¡cómo se nota que los que hacen las leyes son, en su mayoría, analfabetos funcionales!).

BIBLIOTECA DE CENTRO

La Ley habla únicamente de bibliotecas de aula, siguiendo, creo yo, el mal ejemplo de nuestras universidades, que hasta hace poco daban más importancia a las bibliotecas de Seminario que a la General. No saben los legisladores que en lo que a bibliotecas se refiere, la atomización es siempre mala: se producen repeticiones de títulos, al no haber una gestión central, y se controla mucho peor el fondo bibliográfico, pudiendo producirse pérdidas numerosas. En una palabra: con las bibliotecas de aula se malgasta el escaso presupuesto que nuestras escuelas tienen para comprar libros. Por eso voy a hacer una segunda invitación la trasgresión, pidiendo a los profesores que olviden las bibliotecas de aula -a pesar de lo que diga la Ley- y hagan una buena Biblioteca General de Centro, de la que se puedan retirar en préstamo lotes amplios de obras para usarlas en las aulas durante el tiempo que sea preciso (pero con vuelta, pasado ese tiempo). Con un poco de organización, resulta bastante fácil, y es mucho más rentable.

Con buenas bibliotecas escolares y profesores que aconsejen lecturas atractivas, la escuela puede cumplir muy bien su función como segundo pilar sobre el que construir una sólida afición a la lectura.

Y LA BIBLIOTECA PÚBLICA

Dije que no iba a hablar aquí del tercero (las bibliotecas públicas), pero no me resigno a terminar este artículo sin aconsejar a los profesores que cuenten con ellas para mejorar su labor docente. Los bibliotecarios tenemos medios y conocimientos que les pueden valer, y estamos deseando colaborar, porque sabemos que sólo uniendo nuestras fuerzas podemos luchar contra el analfabetismo funcional -más terrible que el primario, por cuanto es voluntario y buscado- que invade nuestra sociedad.